

Vigilia de la Beatificación de los Mártires argentinos

(26 abril, La Rioja, Argentina)

Mons. Angelo BECCIU

Queridos hermanos y hermanas,

estamos aquí reunidos en vigilia de oración para prepararnos a la celebración de mañana, en la que serán proclamados beatos Mons. Enrique Ángel Angelelli, vuestro antiguo obispo de La Rioja, el padre Carlos Murias, el sacerdote Gabriel Longueville y el laico catequista Wenceslao Pedernera.

Me limito en esta breve homilía a ofrecerles algunas breves reflexiones, que espero sean útiles para vivir con intensidad este momento de Dios. Ustedes saben que los momentos de Dios no se desaprovechan, que debemos vivirlos con ánimo purificado y sereno. Recuerden el salmo: *“¿quién podrá subir a la Montaña del Señor y permanecer en su recinto sagrado? El que tiene las manos limpias y puro el corazón”*. Hemos sido convocados para alabar al Señor con ánimo purificado de modo que podamos ser dignos de la compañía de aquellos que, tras haber sacrificado su vida por amor a Dios y a sus hermanos, gozan ahora de la visión eterna de Dios. Vana sería nuestra presencia y nuestra participación en la fiesta de esta Iglesia si nuestra vida personal, si nuestra vida de comunidad eclesial no diese un paso más hacia Dios y no fuésemos capaces de pronunciar un sí decisivo en el camino que nos conduce a ser testigos fieles y valientes del anuncio evangélico.

Todos nos sentimos pequeños ante el coraje de nuestros mártires, que ricos del Amor de Dios supieron asistir a los últimos y hacerse portadores creíbles del consuelo del Señor. Ellos son una bendición para la Iglesia local de La Rioja, para la Iglesia en Argentina, para la Iglesia universal.

“La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular”. Lo acabamos de proclamar con el Salmo responsorial. Ustedes lo saben bien: la piedra angular es Cristo, que fue desechada por los hombres, pero se convirtió en el fundamento de la construcción. Él fue la victoria de Dios sobre el mal, el signo de reconciliación en favor de toda la humanidad.

Piedras desechadas fueron también nuestros mártires y lo son todos aquellos que por fidelidad al Evangelio son ridiculizados e ignorados. Creyeron que matándolos serían reprimidos, desechados, anulados; pero en realidad - ante Dios - fueron colocados junto a Cristo como piedra angular de la Iglesia, la que mantiene unidos los muros que convergen. A una distancia de 43 [cuarenta y tres] años serán propuestos a nuestra veneración, y a partir de ahora serán conocidos en todos los rincones de la tierra mientras que los poderosos de entonces permanecen en el olvido o han sido condenados por la historia. Es el misterio de la Cruz que se renueva cada vez que un inocente cae víctima de la conspiración, de la prepotencia, de la falsedad, del desprecio de la ley de Dios.

El Evangelio de hoy nos habla de la pesca milagrosa. Es un relato que nos da ánimo y entusiasmo. La pesca - habéis escuchado - es milagrosa no tanto por la cantidad de peces capturados, sino porque, solos, sin Jesús, los discípulos no habían pescado nada. Sólo cuando el Resucitado les ordena que vuelvan a lanzar las redes, la

pesca será abundantísima. Esta es la verdad y la certeza que nunca debemos olvidar: es sólo con Jesús que actúa entre nosotros que sabremos hacer grandes cosas, es sólo gracias a su presencia que la iglesia resplandece y se convierte en faro de luz para los hombres. No olvidemos que Jesús ha resucitado y que camina con nosotros, Él está entre nosotros. Es éste el anuncio pascual que en estos días ha resonado en nuestras comunidades cristianas.

Jesús prometió solemnemente: *“Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 20). El desafío para un creyente es descubrir, verificar, percibir la presencia de Jesús entre sus discípulos, en su iglesia. Sería mejor decir que el desafío para un creyente es el de cooperar para hacer tangible la presencia del Señor entre los discípulos.

A través de los siglos, Jesús ha mantenido esta promesa. Algunas veces la percepción de su presencia en la Iglesia puede llegar a ser difícil a causa de los graves límites humanos, de los errores y de los pecados de los cristianos y, por desgracia, incluso de algunos de sus sagrados ministros. Sin embargo, a pesar de esto, Jesús permanece y se hace sentir en su Iglesia. ¡Él está presente en su Palabra, está presente aquí en la Eucaristía y en los sacramentos, está presente allí donde dos o tres están reunidos en su nombre, está presente donde hay amor y caridad! Miren a su alrededor: ¡Cuántos buenos sacerdotes, cuántos obispos! ¡Cuántos misioneros generosos y cuántas gozosas consagradas al servicio de los pobres, de los enfermos, de los abandonados! ¡Cuántos hombres y mujeres, cuántos padres o madres de familia que llevan a cabo su compromiso y su testimonio de cristianos, a pesar de la denigración, incluso mediática, a la que pueden estar sometidos! Jesús está presente en la Iglesia y

sigue dando su fuerza a sus discípulos para que sean testigos creíbles de su Palabra. Sólo gracias a esta presencia suya podemos entender la fuerza que tuvieron los mártires de La Rioja y todos los mártires a través de los siglos e incluso en nuestros días. Nos dicen que los discípulos de Jesús, perseguidos y asesinados a causa de ser cristianos, son miles cada año y han sido millones en el último siglo que acabamos de concluir. Como sabéis, hace sólo una semana, en Sri Lanka, decenas de cristianos, hombres, mujeres y niños, han muerto mientras celebraban la Pascua en sus iglesias, víctimas de asesinos que odian a los seguidores de Cristo. Por otra parte, Jesús lo había anunciado a sus discípulos. “*Si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes*” (Jn 15, 20).

Junto a los mártires que serán beatificados mañana, se encuentra esa multitud de santos “*que vienen de la gran tribulación; ellos han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero*” (Ap 7, 14), según la grandiosa visión profética de Juan, el vidente de Patmos.

Nos consuela saber que nuestros hermanos están en la gloria de Dios, pero al mismo tiempo, no puede dejar de surgir en cada uno de nosotros la pregunta: ¿y yo? ¿Soy digno de aclamar la bienaventuranza de estos hermanos que nos han precedido en el paraíso? ¿Los aclamamos con un simple aplauso o con el corazón? ¿Con mi vida? ¿Tengo el coraje de testimoniar cada día el amor a Dios entregándome a los hermanos? Los mártires donaron sus vidas con la sangre. Y nosotros que hacemos? Estamos prontos a seguir su ejemplo, dando un testimonio gozoso de nuestra fe a todos y en todas las situaciones?

El Papa Francisco, el pasado mes de octubre, al encontrarse con un grupo de jóvenes de la diócesis francesa de Viviers, que regresaban de una peregrinación de un mes a vuestra diócesis de La Rioja, respondiendo a la pregunta sobre cuál es el mejor modo de evangelizar, dijo: *“Una de las palabras más importantes de la pastoral es la dulce y consoladora alegría de evangelizar. Vos te vas a dar cuenta si estás evangelizando bien si eso te da gozo, si te da alegría, si te hace manso en la comunicación [...]. Yo conocí a Mons. Angelelli en La Rioja [...] y entendí ese consejo: ‘un oído para escuchar la Palabra de Dios y un oído para escuchar al pueblo’. Escuchen esto: no existe la evangelización de laboratorio, la evangelización siempre es ‘cuerpo a cuerpo’, ‘personal’, sino no es evangelización”* (30 de octubre de 2018).

Hermanos, reanudemos nuestro camino de evangelizadores siguiendo las enseñanzas de quien fue vuestro Obispo: escuchar la Palabra de Dios y entregarnos totalmente a nuestro prójimo. ¡Que nuestros mártires nos ayuden a perseverar, a pesar de todo y de todos, hasta el final!"